
EL PEQUEÑO VEHÍCULO

Hinayana o «Pequeño Vehículo» –«vehículo» en el sentido de vía de salvación– es el mote despectivo con el que la otra rama principal del budismo, el «Gran Vehículo», denominó al movimiento budista que evolucionó en el sur de la India y la península de Indochina. Por su localización geográfica, se lo puede llamar *budismo meridional*. A veces se lo llama *Theravada* o Doctrina de los Ancianos, pero este nombre debe reservarse para una de las diversas escuelas del budismo meridional (la única que hoy perdura).

La principal razón de la escasa extensión de esta rama del budismo es su énfasis monástico y legalista. Aunque en un tiempo los occidentales lo consideraron la expresión más pura del budismo primitivo, hoy resulta claro que el Hinayana se desvió del budismo precanónico en varios aspectos importantes.

Legalismo

Primero, en su fuerte insistencia legalista, que en la práctica hacía depender la salvación de la adhesión estricta a un conjunto de reglas rígidas, determinadas y controladas por monjes (*Bhiksu*) que vivían en monasterios permanentes y tenían una marcada tendencia ascética.

Cosmología y antropología

Segundo, el budismo meridional concibió al mundo perceptible como radicalmente irreconciliable con las realidades trascendentes; todo lo perceptible –hasta la conciencia– es de por sí perecedero, impermanente. La idea de que también el vijñana era transitorio plantea la duda sobre qué es lo que transmigra, una pregunta carente de respuesta satisfactoria en el budismo meridional.

El esquema antropológico más antiguo del Hinayana (que luego se modificó en diversos aspectos) consideraba al hombre como constituido por cinco *skhandas* o partes principales:

Corporeidad, *rupa*;
sensorio, *vedana*;
percepción, *samjña*;
configuración, *samskara*, y
conciencia, *vijñana*.

El ser humano era visto entonces como una continua sucesión de fenómenos cuyas unidades elementales se llamaban *dharmas*.

Los dharmas se combinaban de diversas maneras, originando diferentes configuraciones. La salvación requería una depuración progresiva, que reducía gradualmente el número de dharmas.

La purificación se lograba por el seguimiento de un camino muy estructurado, que incluía: la superación de las «diez cadenas» o falsas concepciones; el seguimiento de la Noble Vía Octuple; y la supresión de las cuatro *asavas* o impurezas, que eran: sensualidad, anhelo de vivir, falsas concepciones e ignorancia.

Ideal de vida

Tercero, debido precisamente al abismo que puso entre el mundo sensible y la realidad final, el Hinayana propuso un ideal de vida coherente con tal distinción. La iluminación (*bodhi*) que el budismo primitivo perseguía se llegó a considerar una meta inalcanzable. En lugar de aquélla, el budismo meridional se conformó con buscar libertad de la reencarnación y del acontecer cósmico, para alcanzar el Nirvana.

Enseñó que existen etapas en el camino hacia la liberación, cuyo tránsito ordinariamente exigía varias reencarnaciones. Entre una y otra encarnación, la individualidad subsiste como una especie de fantasma denominado *gandharva*. Lo que reencarna no es realmente lo que murió, pero guarda relación con la última configuración de esto.

Las etapas sucesivas hacia la liberación se describen como «el que está en la corriente», «el que reencarna una sola vez más», «el que ya nunca retorna» y el *arhat*. Este último término expresa acabamiento, plenitud, y en cierto modo santidad.

Tras la muerte física, el *arhat* alcanza la liberación final o nirvana, que solamente puede caracterizarse –en sus aspectos negativos– como *nirodha* o supresión de la secuencia de nacimiento, sufrimiento y muerte. En sus aspectos positivos, el nirvana es inefable y trascendente; sólo puede ser conocido a través de la propia experiencia.

Alcanzar la salvación es un asunto estrictamente individual, de modo que ni la persona puede ayudar a otros a salvarse, ni otros pueden ayudarla a ella. Es este punto de vista característico del budismo meridional lo que originó el apodo de «Pequeño vehículo»: mezquino, individualista, egoísta, limitado, y alejado del altruismo propio del budismo primitivo.

En cuarto lugar, algunas escuelas meridionales concibieron a Gotama como un ser sobrenatural con un cuerpo

mágico, mientras que otras le consideraban un ser humano que alcanzó la trascendencia absoluta. En ninguno de los dos casos, empero, se le adoró con el culto propio de una divinidad, ni se le pedía nada. Para el Hinayana, el Buda ha trascendido totalmente la esfera terrenal, y por lo tanto no interviene directamente en la salvación de nadie, que como dijimos debe ser lograda individualmente por cada uno. Por todo esto, el culto al Buda es, en el Hinayana, «el homenaje rendido a al memoria del fundador de la religión, de aquél que ha enseñado el camino de la salvación».⁴

Debido a que el Hinayana prácticamente no tiene influencia en Occidente, no es necesario ni conveniente extenderse más en su exposición.